

**ESCUELA DE PADRES POR CORRESPONDENCIA**

**Carta nº 155: El papel de regalo**

Estimados padres:

Otro año -civil- que termina. Y hay dos perspectivas desde la que contemplar y analizar este hecho: doce meses para haber aprendido o trescientos y pico días para seguir incurriendo en parecidos errores. Como individuos y como familias, no es lo mismo que concluyamos con un “*estamos en las mismas*” que con un “*esto tiene visos de cambio*” ( y para bien, ¡jojo! ).

Desde el Enero pasado hasta hoy (seis meses del curso anterior y cuatro del que ahora transitamos) ha habido tiempo y ocasión para calibrar cuáles son las prioridades de atención que muestran nuestros menores, así el bebote de dos como la mocita de diecisiete. Y ése debe ser el criterio por el que juzguemos (en este apartado) nuestras actuaciones como padres.

¿Hemos sabido detectar a tiempo cuándo había algo, realmente, digno de despertar nuestra preocupación y, más allá, de ofrecer soluciones o buscar ayuda? ¿Hemos intentado poner las cosas en su sitio, ajenos a las dramatizaciones de algunos o las indiferencias de otros, tan perjudiciales las primeras como estas últimas? ¿Hemos atendido, antes que a nada, a nuestro propio corazón y nuestra propia cabeza, como adultos maduros, para ofrecerles o exigirles lo que entendíamos que era lo adecuado, lo que en ese momento necesitaban?...

Cuando doblemos la esquina del año y las calles (de los meses por llegar) se abran como amplias avenidas, para transitarlas -con tanta prudencia como sana ambición- y disfrutar del recorrido mientras vamos confirmando que nuestros hijos crecen (y no sólo en centímetros) y van parándose y tomando nota de los distintos escaparates que las llenan, no dejemos de explicarles que algunos carteles que cuelgan son solamente señuelos para favorecer las compras compulsivas y montajes de expertos escaparatistas para volver seductor lo que es trivial. Como en tantos otros aspectos de la vida general.

Sin embargo, el regalo vale por lo que es y no por el papel que lo envuelve. Y nuestro regalo máspreciado es el del propio ser que acogemos y atendemos, día a día desde el principio y con una pretensión permanente de proporcionarle seguridad y bienestar. Una seguridad y un bienestar que irán cambiando en su concreción práctica a medida que vaya creciendo, proceso de entrega y donación por nuestra parte que habrá de desembocar en la propia independencia de la criatura, abierto a la realización de sus propios sueños y proyectos.

Nadie conoce a sus hijos mejor que los padres y nadie se beneficia de tal conocimiento como los maestros. Por lo mismo, nadie más objetivo que el maestro o la señorita para trasladar a los padres las fortalezas y debilidades, presentes, de cada muchacho, con independencia de que las cosas acabarán evolucionando en la dirección que sea. Maestros y padres, padres y profesores al unísono, o si no, ellos acabarán confundidos o, lo que es peor, retadores.

Ser Director General de una multinacional o administrativo de una pequeña empresa familiar; empresario de éxito o empleado en una cadena de montaje no depende de si se terminó la cartilla en Noviembre o Mayo ni de si en Quinto pasé con sobresalientes o con suficientes y bienes. Es por ello por lo que carece de sentido la angustia que podemos sentir nosotros y llegamos a trasladar a nuestros hijos cuando, con un código mental que ellos no controlan aún por pura inexperiencia, les pintamos un panorama sombrío y lleno de contrariedades cuando no de fracasos por llegar y les hablamos de responsabilidades y obligaciones que ellos están muy lejos de ligar ahora a la apertura de oportunidades futuras.

Antes bien, lo que procede, en todos los casos, es crear –primero- y cultivar después, las condiciones para que a nuestros hijos no les asuste aprender sino todo lo contrario, contando -eso sí- con dos realidades indiscutibles y universales: aprender requiere esfuerzo (en unos más y en otros menos, pero esfuerzo al fin) y segundo, no siempre captamos ni nos salen a la primera las cosas, sino que hay que perseverar y seguir intentándolo porque el conocimiento, la cultura y el saber, en general, no suponen un muro que haya que derribar sino una puerta que hay que aprender a abrir.

Ninguno de nosotros aguantaría la contemplación del vídeo (si lo hubiera habido) de nuestros cinco-ocho-catorce años. Y ello porque esta seguridad (¡y hasta solemnidad!) con la que declaramos (pasada la treintena) determinadas cosas, nos ha costado bastante entenderlas y asumirlas. No desde luego en aquellos momentos en los que nuestras prioridades, por pura psicología evolutiva, eran muy otras. De ahí que carezca de sentido establecer un permanente examen de paternidad/maternidad sobre lo hecho o no hecho con nuestros hijos (fundamentalmente en el ámbito escolar) y deprimirnos o sentirnos eufóricos por las dificultades o ventajas, según sea, que nuestra criatura manifieste.

Importante, desde luego, saber desentenderse de la presión ambiental (no pocas veces fundamentada en la falsedad o la envidia) que hace llegar a pensar que nuestros hijos son los menos afortunados de todo el colegio...

Sirva, pues, este tiempo especial para que todos, en el ámbito de nuestros grupos familiares, hagamos el propósito de volver los ojos ante lo que realmente importa y lo verdaderamente necesario, que, como bien sabemos, es mucho menos y bastante más accesible que lo que sale en los catálogos de cualquier índole.

Que la Navidad sea ocasión para reconciliar las brillantes ocurrencias y decisiones con el sentido común.